



Retiro Cuaresmal 2024. Pastoral de Adultos

PRIMERA MOTIVACIÓN:

BAUTISMO, INICIACIÓN EN LA VIDA CRISTIANA

1. *Iniciar* la andadura interior.

La cuaresma es un tiempo de «volver a casa», la casa del Padre «maternal». Entrar por aquella puerta que un día nos abrió la posibilidad de conocer el mundo y mirar al interior, donde está la mesa servida para mí y mis hermanos. Puerta y mesa son los dos elementos fundamentales para la vida cristiana. La puerta es el bautismo y la mesa es la eucaristía. Al primero se vuelve como fundamento y el otro se renueva cotidianamente como permanencia en la experiencia. El bautismo es el sacramento de iniciación en la experiencia cristiana y la eucaristía el que garantiza la permanencia en esa experiencia. Ambos comprendidos mejor a la luz de madurez de la vida creyente que es una confirmación en el amor

Te invito, entonces, a que entremos por la puerta del bautismo. Que te regales un momento en silencio para traer a tu memoria los momentos de tu historia en que, sin darte cuenta muchas veces, has sido llevada o llevado hacia el amor. ¡Cuántas veces somos sostenidos en los brazos del amor primero y fundamental!

2. *Pedir*

«HAZME MUY HIJO PEQUEÑO» / «HAZME MUY HIJA PEQUEÑA»

3. *Escuchar*

- Gálatas 3, 26-4, 16.
- Juan 3, 1-7.

«Es necesario que seáis engendrados de nuevo» (Juan 3, 7)



4. *Entender*

El sabio Agustín tiene una expresión que hoy nos puede resultar iluminadora. Dice en su diario espiritual: «¡Ay, ay de mí, por qué grados fui descendiendo hasta las profundidades del abismo, lleno de fatiga y devorado por la falta de verdad! Y todo, Dios mío ... todo por buscarte no con el intelecto... sino con los sentidos de la carne, porque tú estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más sumo mío» (San Agustín, *Confesiones* III, 6, 11). Esta experiencia de descendimiento, inmersión y profundización es el principio y fundamento de una experiencia cristiana auténtica.

Los primeros cristianos y cristianas eran sumergidos en las profundidades del agua para simbolizar la muerte y la vida que su fe les hacía experimentar. El bautismo, como «tumba y matriz», es una experiencia vital que la Iglesia renueva cada vigilia pascual. El bautismo cristiano quiere ser un deseo de inmersión en el misterio de Dios desde la vulnerabilidad de un niño, cobijado en los brazos de sus padres. Un niño que necesita de su comunidad vital para crecer en el amor.

Para los primeros cristianos y cristianas, «el bautismo se ejercía como rito de paso (o de iniciación). Como vemos en Gálatas 3,26-4,6, la comunidad se presenta como familia de sustitución: el bautismo es el rito por el que se adquiere la nueva filiación como don del nuevo Padre (Gal 4,6). En esta fórmula, juega un papel fundamental la imagen del “revestimiento de Cristo” (Gal 3,27), que venía a anular las diferencias que, bajo ese “vestido”, se pudieran dar: diferencias sociales (esclavo o libre), diferencias étnicas (judío o pagano) y diferencias de género (varón o mujer; cf. Gal 3,28)» (Aguirre, *Así empezó el cristianismo*, p. 174). Si somos hijos e hijas, esa identidad fundamental está por encima de toda diferencia que el dinero, la ideología política o la cultura nos ponga. Tú, yo y el cristiano más pobre de la chabola más miserable, compartimos la misma identidad y vocación.

Los primeros cristianos hicieron del bautismo un nuevo nacimiento reparador y elemento *resignificador* de la persecución e incomprensión que vivían. Ellos nos enseñan a volver al Padre con la vulnerabilidad de un hijo pequeño que necesita aprender a caminar de nuevo. Algunos santos como Teresa de Lisieux o Moisés Lira Serafín, MSpS, hablan de la mística del nuevo nacimiento, le llaman *infancia espiritual*. Los cristianos, igual que todo ser humano que experimenta la ruptura y el abismo, estamos llamados a emerger, salir, resistir. Jesús le dice a Nicodemo: «nacer de nuevo». Solo el amor fontal puede darnos el empuje hacia arriba y la fuerza para resignificar el dolor.

Dice Moisés Lira, en un momento de crisis vocacional: «un niño recién nacido es débil, es impotente. Un niño recién nacido está atento a lo que le hagan, él no puede nada: ni levantarse ni arreglarse. Nada más que el niño no se da cuenta de su impotencia y nosotros sí debemos darnos cuenta de nuestra miseria, de nuestra debilidad. Tratemos a Dios como nuestro Padre. Seamos hijos para Él, pero no grandes, pequeñitos. Jesús amado, hazme muy hijo pequeño, débil, nada para que tú seas todo en mí. Quiero ser y portarme con



Jesús como hijo recién nacido, es decir, reconocer mi debilidad, mi impotencia. Jesús nos cuida más que una madre, sin duda, que Él se sirve todo para ayudar a sus pequeñitos, y sí es muy cierto, “Dios, Dios sólo, Dios...” oh sí, sólo Él en todo» (Moisés Lira Serafín, primer misionero del Espíritu Santo, 24 de abril de 1938)

La noche Santa de la Pascua, cuando estemos reunidos en comunidad y renovemos el bautismo, pidamos esta experiencia de confianza absoluta y «lancémonos a la piscina» de la vida cotidiana para emerger una y otra vez como hijos amados sentados a la misma mesa.

5. *Dialogar*

¿Cuáles han sido mis momentos de ruptura más significativos en mi andanza creyente? ¿Ha habido alguna situación que me haya hecho «nacer de nuevo»? ¿Cómo ha estado Dios en esas rupturas o situaciones? ¿Cómo he aprendido a ser hijo/a amado/a?

6. *Seguir el camino*

Coge una pequeña botella con agua y, al mirarla, degusta en un rato de contemplación el don del bautizo. Habla con el Señor como un niño pequeño / una niña pequeña, cuéntale tus rupturas y agradece hoy tu llamada a nacer de nuevo.

